



MUNICIPALIDAD DE  
**LIMA**



BICENTENARIO  
PERÚ 2021

# *Rugía con inusitado furor*

Selección de cuentos



Josefa Pujol de Collado

JOSEFA PUJOL DE COLLADO

RUGÍA CON INUSITADO FUROR  
*Selección de cuentos*



MUNICIPALIDAD DE  
**LIMA**

## Josefa Pujol de Collado

Nació en el siglo XIX, en Cataluña, España. Fue escritora, pedagoga y periodista, cuyo seudónimo fue «Evelio del Monte».

La mayor parte de su obra trata sobre la antigua Grecia. Dio a conocer su nombre verdadero al fundar la revista ilustrada *El Parthenon* y, en el ámbito pedagógico, fue directora de un colegio de instrucción superior para mujeres. Entre sus producciones destacan *Bieder, Maryellen* (1992), *Consideraciones sobre la mujer* (1879), *Galería de mujeres ilustres. Cleopatra* (1884), *El libro de la misa* (1878), *El cristianismo y la mujer* (1884), *Mujeres célebres. María Lambrun* (1884), *El amor considerado como ley de la naturaleza* (1884) y *Alejandra en los primeros tiempos del cristianismo* (1890).

Falleció el 4 de diciembre de 1904 en Madrid, España.

*Rugía con inusitado furor. Selección de cuentos*

Josefa Pujol de Collado

Christopher Zeceovich Arriaga  
Gerente de Educación y Deportes

Juan Pablo de la Guerra de Urioste  
Asesor de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente  
Gestora de proyectos educativos

María Celeste del Rocío Asurza Matos  
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos  
Selección de textos: Manuel Alexander Suyo Martínez  
Corrección de estilo: Claudia Daniela Bustamante Bustamante  
Diagramación: Andrea Veruska Ayanz Cuéllar  
Diseño y concepto de portada: Leonardo Enrique Collas Alegría

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

[www.munlima.gob.pe](http://www.munlima.gob.pe)

Lima, 2021

## Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells  
Alcalde de Lima

***RUGÍA CON INUSITADO FUROR***  
*Selección de cuentos*

# EL PREMIO DE SIEMPRE

## I

### Impulsos del alma

Rugía con inusitado furor en los montes Apeninos violenta tempestad, durante una fría tarde del mes de febrero, y la espléndida vegetación italiana, victoriosa de los rigores del invierno, se preparaba apenas a desplegar sus galas al primer soplo de la riente primavera, cuando se veía combatida por el devastador aquilón que en fuertes ráfagas hacía estremecer hasta los cimientos de la inmensa cordillera de montañas que atraviesa Italia desde los Alpes marítimos hasta el estrecho de Sicilia.

En una de las pintorescas vertientes del monte Amaro, situado en el Apenino meridional, una sencilla y hermosa casa de campo, con puertas y ventanas herméticamente cerradas, ofrecía dulce esperanza de refugio al desalentado



viajero que en tarde tan tormentosa sorprendiera la tempestad en aquellas soledades.

Cabalgando sobre un rocín flaco y enteco, como los que suelen proporcionar en las posadas a los viajeros, adelantaba por el accidentado sendero del monte un hombre, anciano ya, con visibles muestras de descontento, calado hasta los huesos y sin poder dominar su impaciencia desde que divisara la aislada casita.

Caía una lluvia verdaderamente torrencial cuando nuestro viajero echó pie a tierra, llamando con vigorosa mano a la cerrada puerta.

La graciosa hospitalidad italiana no podía verse desmentida en tan deshecha borrasca; el viajero fue introducido en una espaciosa sala de la planta baja, donde se hallaba reunida la familia, compuesta de un matrimonio de alguna edad, y un hijo, que podría contar a lo sumo diez y seis años.

—Siéntese, caballero —dijo el dueño de la casa al desconocido, ofreciéndole cortésmente una silla junto al fuego—. Horrible está la tarde para aventurarse por estos montes.

—¡Espantosa! —objetó a su vez el recién llegado descubriendo su cana cabeza, dejando a un lado de la habitación una voluminosa caja, y aceptando con desembarazo el sitial que le había sido ofrecido. Después, su mirada inteligente y viva recorrió uno por uno todos los semblantes que le rodeaban, fijándose con singular complacencia en la expresiva cabeza del adolescente que antes hemos mencionado. Realmente aquel niño, con sus negros ojos, su rizada cabellera, su frente noble y despejada y un perfil purísimo, como los que sirvieron de modelo a los antiguos artistas griegos, hablaba en honor de la raza italiana, digna heredera en belleza y arte del pueblo heleno, su predecesor.

Bien pronto quedó cubierta de sabrosos manjares la modesta y limpia mesa, junto a la cual, previamente invitado, se sentó el desconocido, a quien el viaje había abierto el apetito.

Difícil es trabar animada y larga conversación entre personas que se ven por vez primera, pero el viajero era hombre que no se aturdiría por poco, y el dueño de la casa, a pesar del modesto traje que vestía y su silvestre morada, parecía tener más trato de mundo del que suele abundar

entre la gente campesina. Así, al cabo de media hora de estar reunidos, parecían los mejores amigos del mundo y habían encontrado asunto para agradable conversación.

—Es preciso que te resignes a pasar aquí la noche —dijo el dueño de la casa—; la tempestad lejos de disminuir aumenta, y sería imperdonable dejarte emprender de nuevo la caminata. Mañana veremos cómo se presenta el tiempo, y entonces estarás libre para proseguir tu viaje. Hoy nos perteneces.

—Y sin ninguna violencia por mi parte —repuso jovialmente el desconocido, mirando los francos rostros de los que le rodeaban.

—Solo siento que te parezcan largas las horas de aquí a mañana.

—Nada de esto; además tengo un medio eficaz para distraerlas, si me permites, pues soy hombre que no gusta de perder tiempo.

—Estás en tu casa.

El desconocido se dirigió al ángulo de la habitación donde dejara su equipaje, sacó de él una reducida caja, la abrió, y en su fondo se vieron todos los objetos propios de un pintor.

—¿Eres artista? —preguntó sonriendo el dueño de la casa.

—¡Oh!, artista precisamente no —contestó con modestia el desconocido—. ¡Quién puede apropiarse tal nombre en el mundo, siendo las obras de los hombres tan deficientes! Admiro el arte, sueño con él algunas veces, helo aquí todo. El arte es la expresión perfecta de la belleza, y esta no cabe en los humanos límites.

—Mucho habría que discutir sobre esto.

—¿Lo crees así?

—¡Vaya si lo creo!

—Entonces, la ocasión es a propósito: habla.

—¡Oh, no! Si no me engaño, te proponías hacer algo: prefiero verte trabajar y así juzgaré de tu mérito.

El desconocido miró fijamente a su interlocutor.

—¿Sabes lo que pienso? —dijo después de un momento de meditación.

—¿Qué?

—Te lo diré con franqueza: nada tienes de campesino; ni tus maneras, ni tu conversación revelan al hombre nacido y educado en el campo.

—Quizá tengas razón, pero por lo menos te puedo asegurar que solo en el seno de la naturaleza, en el aislamiento, he encontrado la verdadera ventura. El mundo exige mucho y da poco en cambio, y aquí vivo solo para mi familia. Pero hablemos de ti, ¿qué piensas hacer? —preguntó viendo al pintor revolver en su caja de colores.

—Trasladar al lienzo la cabeza de tu hijo, si me lo permites. Es una cabeza esencialmente artística, expresiva y soñadora.

—¡Vas a ocuparte de mí! —exclamó el niño que hasta entonces no había desplegado los labios, en el colmo del asombro—. ¡Qué gusto verte pintar!

Sonrió el artista al ver el entusiasmo del adolescente, preparó el lienzo y se dispuso a ejecutar la obra.

Todos rodearon llenos de curiosidad, inspeccionando sus menores movimientos, no perdiendo detalle, y tres horas después el milagro del arte se había realizado: la hermosa cabeza del adolescente, admirable de expresión, quedaba retratada en el lienzo.

—¡Qué felicidad saber pintar! —suspiró el niño.

—¿Te gustan los cuadros? —preguntó el artista.

—Mucho, aunque solo he visto los que se conservan en la iglesia cercana.

—Y que por cierto no son de ninguna celebridad —repuso el padre.

—Entonces, bien puedo asegurarte que los hay mucho más bellos, pequeño.

—Pero yo no los he visto.

—Los verás con el tiempo, cuando crecidas tus alas abandones como los pajarillos el paterno nido, para volar en pos de la realización de tus sueños.

El niño suspiró de nuevo, y sus ávidas miradas volvieron a fijarse en la caja del pintor.

Este desarrolló un lienzo que tenía guardado en el fondo de su equipaje. Representaba una hermosa virgen, llena de idealidad y celestial belleza.

Entonces el adolescente cruzó sus manos con ingenua admiración, exclamando:

—Y ¿tanta hermosura nace únicamente de la sencilla mezcla de los colores? ¿Todo esto se enseña?

—Materialmente considerado sí, pero, para lograr que resulten llenas de vida las figuras, se necesita algo más que la enseñanza material, algo que Dios da a sus elegidos, el don del genio, compañero inseparable de la gloria.

—Daría la mitad de mi vida por imitarte.

¡Qué dicha copiar cuanto encanta nuestros ojos, el ser humano, la divinidad, la naturaleza; manejar a capricho los pinceles, producir cosas bellas, despertar la admiración, inmortalizarse!

—¡Ah! —prorrumpió el niño con desaliento—, ¿por qué cuando uno es capaz de soñar esas cosas, no es fácil realizarlas?

—Aquí tienes el entusiasmo primero de la juventud —dijo el artista contemplando al adolescente con cariñoso interés, y dirigiéndose a su nuevo amigo, añadió—: con menos entusiasmo empezaron muchos la carrera artística.

—Pero la han terminado olvidados de todos, si no tienen genio, o postergados por la envidia, si realmente eran hijos del arte; con el hielo de la vejez, este fuego desaparece —objetó el padre.

—Algo hay de lo que acabas de decir —añadió el artista—, pero algunos se ven recompensados por la admiración de sus contemporáneos, y, respecto a vejez,



los artistas jamás somos viejos. En mí tienes palpable ejemplo: la cabeza se llena de canas, sin que se apague el fuego sagrado del corazón. Recorro el mundo en busca de ideales; tan pronto hallo un modelo en el centro de la populosa y loca capital, como a solas con mi entusiasmo, pido a la soledad inspiraciones misteriosas. La naturaleza me ofrece asuntos grandiosos para mis cuadros, y todo, absolutamente todo lo olvido cuando me consagro mi arte: el mundo, la sociedad, las pasiones, las virtudes y aun los vicios; en aquellos momentos solo vivo para sentir la belleza, solo anhelo aprisionarla en el campo reducido de mis cuadros.

Desde niño me arrastra la pasión suprema del arte y moriré con ella. No hagas caso; todos los artistas tenemos algo de locos.

—¡Qué fortuna poder estudiar contigo, caballero, y seguirte a todas partes! Yo siento que sería capaz de imitarte a fuerza de estudio —dijo el adolescente.

—¡Tú! —exclamaron a la vez el padre y la madre con asombro—; ¡es posible, tú, hasta ahora tan indiferente a todo!

—Hasta hoy no he sentido despertarse en mí la verdadera vocación; quiero ser pintor.

—Vamos, tú estás loco —repuso el padre encogiéndose de hombros.

—Tienes un gran corazón, muchacho —dijo el viajero—, y, a fe de Giacomo, te aseguro que estás llamado a ser algo grande en la tierra; no desconfíes.

Sonrió el niño con sublime confianza y acercándose al artista exclamó:

—Sigue pintando, te lo suplico; que yo te vea trabajar.

Pasaron los días sin que Giacomo abandonara la alegre morada de los Apeninos; todos le querían en la casa, no como un huésped, sino como se quiere a un antiguo y buen amigo. La amistad había echado pronto profundas raíces en aquellos corazones honrados y francos.

Por fin, como todo tiene su término en este mundo, y la gradación agobiadora que une los días unos a otros no se interrumpe según el capricho de los mortales, en una

hermosa mañana de primavera, abandonó Giacomo la hospitalaria casa.

No iba solo; el adolescente que tanta simpatía le inspirara desde los primeros momentos, le acompañaba.

—Adiós, Andrés —dijo el padre al muchacho con severa tristeza—; yo me alejé del mundo buscando aquí la felicidad, tú vas al centro tumultuoso de Roma para encontrarla. Bien opuestas son las sendas, pero no quiero contrariar tus deseos. Giacomo, a ti te le encomiendo. Todavía mis antiguas amistades pueden servirte de algo en la Ciudad Eterna. Estudia con perseverancia y buena fortuna.

—Sé feliz —dijo la pobre madre sollozando.

—No olvides, sobre todo —añadió el padre—, que el sendero del arte se halla sembrado de espinas.

—Es cierto —contestó pensativo el extranjero—; tal vez un día lamentos lo que hoy dejas: una familia, la paz, la soledad y la inocencia.

—Pero si quieres ser algo —exclamó dando brusco cambio a sus ideas—, no desmayes, y a Roma.

—¡A Roma! —repitió el joven soñador, y sus pupilas húmedas aún por las lágrimas de la despedida lanzaron reflejos de mal contenido entusiasmo.

## II

### Esperanza y Dolores

La acción avasalladora del tiempo no ha despojado a Roma de su augusta grandeza. Emblema soberbio de otras civilizaciones, a sus ruinas acuden cuantos gozan en la contemplación del pasado. La historia encuentra en ella sus mayores encantos, las artes su eterna inspiración, las almas manantial inagotable de dulces meditaciones, la poesía hermoso motivo de sus cánticos, la religión emporio de sus grandezas, y todos los pueblos de la tierra una porción misteriosa de su espíritu y de su orgullo, cimentado en aquella remota epopeya grecorromana que inmortalizara la más admirable etapa del progreso humano.

Mil locos ensueños de gloria cruzaron por la mente de Andrés, apenas pisara el sagrado recinto de la hija del Tíber. Arrancado de sus apacibles montañas por la fuerza avasalladora del destino, mezclado de repente a

esa pléyade de soñadores y artistas que pululan en Roma, teniendo por amable mentor a un hombre, si viejo por los años, joven aún por el entusiasmo, bien pronto se posesionó del mecanismo de la pintura, de los elementos primordiales del arte. A la par se desenvolvían en él un corazón entusiasta, una inteligencia vivísima y un conocimiento perfecto de las obras maestras de la antigüedad, cuyas ocultas bellezas ponía de relieve a sus asombrados ojos su maestro y amigo.

Poco a poco iba engrandeciéndose la inteligencia de Andrés. Roma es la tierra de promisión para los artistas, la patria de los sueños; solo allí se confunde en extraña mescolanza lo antiguo con lo moderno; un esbelto pórtico se alza al lado de rústica cabaña; se encuentran sepulcros de nobles familias romanas, junto a murallas destruidas, y no es raro hallar así mismo una estatua rota, recuerdo de lejanos tiempos, inmediata a un edificio de construcción moderna; por todas partes el arte, donde quiera que se pose la investigadora mirada, vestigios augustos de un pasado glorioso.

Pues bien, al contacto de tanta belleza, el alma de nuestro adolescente se desenvolvía como una hermosa

flor al influjo de un rayo de sol, y nada más puro que las primeras manifestaciones del espíritu, nada más bello que los primeros impulsos de un corazón.

—Tienes condiciones para ser un gran artista —decía Giocomo al joven—, pero no desmayes en la lucha; precisan soberanos alientos para vencer las contrariedades. Todos hemos luchado; yo soy viejo ya y lucho todavía.

—Si yo llegara a tu altura, creo que me volvería loco de dicha. ¡Ser admirado por todos es el complemento de la ventura!

—Eso no lo lograrás nunca por completo, porque hay muchos seres mezquinos, dedicados a empequeñecer los triunfos de los demás. Para mí, no ha llegado todavía la hora de que se me haga justicia; luchando por imponerme han emblanquecido mis cabellos, invadiendo repetidas veces la amargura mi corazón. Solo una cosa no han podido arrebatarme, ni mis enemigos ni mis desengaños, ni la edad misma: el entusiasmo que alienta en mi alma con soberano impulso.

—Cuando contemplo las obras de los grandes maestros —contestaba Andrés—, me siento pequeño, desespero de llegar a ser algo, y la fiebre, hija de la impotencia, hace circular fuego por mis venas.

—Espera, espera —decía bondadosamente el anciano—; la gran ciencia de la vida consiste en saber esperar. Ya lo ves, yo soy viejo y espero todavía. No lo olvides.

Después de estas conversaciones el joven cogía lleno de fe y entusiasmo los pinceles; el interrumpido trabajo le parecía ligero y fáciles de vencer todos los obstáculos. ¡Qué de horas felices medidas por los más dulces ensueños vio transcurrir Andrés en el estudio de su maestro, perfeccionándose en el arte!

Pasaron seis años con la rapidez de un sueño. La juventud no mide el tiempo; Andrés se ocupaba poco del presente; su afán era conquistarse un nombre para el porvenir.

De vez en cuando recibía noticias de la hermosa casita del monte Amaro; los ojos del joven se humedecían de ternura al calor de los recuerdos y se sentía con más



aliento para trabajar. Antiguas relaciones de familia abrieron para Andrés las puertas de aristocráticos salones romanos, pero como para nuestro joven solo existía el arte, los frecuentaba muy de tarde en tarde, con perfecta indiferencia. Ni el amor mismo había llamado a su corazón, absorbido por completo en la contemplación de la belleza del arte.

La constante lucha que con sus detractores sostenía Giacomo, con admirable perseverancia, fortalecía más y más a Andrés en sus propósitos de llegar al logro de sus deseos.

Pero, ¡ay!, quebrantado un día el bondadoso maestro por la edad y los disgustos, cayó peligrosamente enfermo, y conociendo que se aproximaba su fin, llamó junto a su cama al joven.

—Andrés —dijo sonriendo con dulce serenidad—, me muero; no se gasta inútilmente en la ruda lucha por la vida la fantasía, pero sí el organismo. Siento dejarte, porque hubiera querido asistir a tus primeros triunfos, complaciéndome en mi obra. Nada has hecho todavía para conquistarte un nombre, pero lo alcanzarás, porque vales; tuyo es mi estudio y mi modesta fortuna, reunida a

costa de mil trabajos. No desmayes: sigue con fe el camino emprendido, y con el tiempo ilustrarás tu nombre, siendo una gloria de nuestra hermosa Italia. Yo sucumbo sin ver cumplido mi anhelo de dejar un nombre que pase a la posteridad, pero confío que habrá un cielo especial para los artistas, destinados a sufrir en el mundo doble tormento que los demás humanos; la sed del infinito que nunca se satisface y la ingratitud que brota siempre ante sus pasos.

Murió el amigo generoso que fue para Andrés consejero, guía y casi padre. El dolor del joven fue inmenso, terrible, al verse sin el cariñoso apoyo de Giacomo. Negra nube de persistente melancolía invadió el espíritu de Andrés, quien por espacio de un año luchó en vano con el recuerdo constante de su bienhechor, y al fin, sintiéndose enfermo, resolvió dejar por algún tiempo la Ciudad Eterna, donde todo le recordaba la muerte del más noble de los hombres.

—Sí, sí —murmuraba Andrés contemplando un día desde el Capitolio, a la poética luz crepuscular, el panorama inmenso de Roma—; quiero buscar nuevas emociones para mi espíritu lejos de aquí, proporcionarme

algún descanso y distracción. Me trasladaré a Florencia, la ciudad de la alegría y los amores, en vez de arrastrar lánguida vida por la ciudad de los sepulcros.

Y Andrés, entregado a tristes meditaciones, dejaba errar su mirada por los monumentos romanos, deteniéndola en los sitios favoritos que había visitado con su amigo, y lágrimas amargas aumentaban por momentos su agobiadora tristeza.

Por fin, el joven pintor abandonó la altiva hija del Tíber, llevando en su pecho el recuerdo tristísimo del perdido amigo y sus ensueños de gloria, nunca desvanecidos, porque Andrés, a pesar de sus desdichas, era el incorregible soñador de siempre.

### III

## Deseos vagos

Felices o desgraciados, el tiempo transcurre con la misma vertiginosa rapidez. Dos años de estancia en Florencia bastaron para hacer del niño entusiasta e irreflexivo un hombre enérgico y resuelto.

Mucho cambiara nuestro héroe desde la muerte de Giacomo, porque nada enfrena más nuestros ensueños que el choque rudo de la realidad.

Perdido el amigo generoso que guiara sus inciertos pasos por el sendero del arte, huérfano su corazón de aquel cariño indulgente y previsor, la necesidad de buscar en el aturdimiento un remedio a la inmensa pena que le embargaba engolfó al artista en las continuas fiestas de que era teatro la sin par Florencia, durante el siglo XV, cuando Cosme de Médicis regía aquella hermosa y rica república, rodeado por los artistas que engrandecieron la

brillante época del Renacimiento. De salón en salón, de baile en baile, tan brusco cambio se efectuó en el modo de ser de Andrés, que así como no lograra su nueva vida divorciarle del arte, cuyos vagos ensueños atenaceaban más que nunca su alma soñadora, el amor de la mujer corrió al socorro del amor al arte, para verter la hiel del desengaño después de los encantos de las más dulces emociones, en la existencia del soñador hijo del genio.

Un día paseaba Andrés a orillas del Arno, con uno de sus amigos florentinos, hablando de sus proyectos futuros con la animación y el entusiasmo que son encantador patrimonio de la juventud, cuando de repente, interrumpiendo la conversación empezada, dijo el amigo de nuestro artista:

—Pero Andrés, tú siempre me hablas de tus ensueños de gloria, nunca de tus proyectos de amor, y lo extraño, porque el amor es el complemento de la existencia, el sol que presta calor a la fantasía.

—Dos soles de igual potencia en el cielo de nuestra alma, nos abrasarían sin compasión —contestó Andrés sonriendo.

—Hay quien dice que tú corres ese peligro.

—¿Y en qué apoyan semejante afirmación?

—En que te gusta la condesa Angiolina, y eres su adorador más constante desde que frecuentas sus salones.

—Soy galante y nada más.

—El amor y la galantería no se parecen, aun cuando son de la misma familia, y realmente la condesa es digna del amor de un hombre como tú; bella, joven, rica, libre e inteligente, tiene todas las cualidades propias para agradar; su único defecto es ser coqueta.

—No he visto nunca en ella coquetería alguna; es un ángel.

—Sí, sí, pero algo travieso; una naturaleza mitad ángel y mitad diablo; mas, preciso es confesarlo, ¡es un diablo tan bello!

Una sombra de disgusto cruzó por la frente de Andrés; no obstante guardó silencio, y su compañero,

observando tan repentino mutismo, añadió pasados algunos instantes:

—¿Irás esta noche al baile de la condesa?

—Así lo creo.

—Entonces, allí seguiremos la interrumpida conversación.

—¿Referente a qué?

—¡Toma! Referente a tu amor por Angiolina.

—¿Insistes en esta idea?

—Más que nunca.

Se encogió de hombros el pintor por toda respuesta, y la conversación fue languideciendo cada vez más, hasta quedar reducida a monosílabos.

# CRÓNICAS OLVIDADAS DEL MADRID VIEJO

## I

La España, donde se desarrolla el sencillo drama que vamos a relatar, no es por cierto la España del siglo XIX, fecunda en grandes inventos e imbuida del expansivo y generoso espíritu moderno: es la España que por los años 1600 y 1602 regía con más bondad que buen acierto el débil rey Felipe III, príncipe magnánimo, inhábil para sostener con mano fuerte las riendas del Estado, y entregado, por lo tanto, a la funesta dirección de astutos favoritos.

Para estos últimos guarda en sus páginas acerbas censuras la severa historia, especialmente en cuanto tiene relación con D. Francisco de Rojas, duque de Lerma, y D. Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias, siendo ellos los que más contribuyeron al debilitamiento y postración de nuestro generoso pueblo.



Pero no es nuestra intención ocuparnos en asuntos políticos de todos conocidos y por todos lamentados; únicamente nos proponemos arrancar de las sombrías sinuosidades de la historia el recuerdo de unos amores a los cuales presta poético reflejo, misterioso encanto, la hermosa tradición.

El Madrid antiguo, la brillante corte que poetizaron con sus galantes aventuras, misteriosas tapadas y en cuyas revueltas callejuelas hallaban protector refugio, rufianes y enamorados, yacía en completo silencio. Envuelto en las medrosas sombras de la noche, parecía que todos sus habitantes se hallaban entregados al más profundo sueño, cosa por cierto muy distante de la verdad, pues a tales horas solían ser teatro las desiertas calles, de amorosos y sangrientos lances.

No lejos de Puerta Cerrada y en el llamado pretil de San Pedro, que más tarde se conoció con el nombre de costanilla del Nuncio por hallarse enclavado en sus inmediaciones el palacio de la nunciatura romana, elevaba su pesada mole inmenso caserón perteneciente a un rico hidalgo muy conocido en la villa y cuyo nombre no conservan las crónicas de aquel tiempo.

Allí vivía el opulento propietario con su linda hija Leonor, cuya custodia, por ser la joven huérfana de madre desde la cuna, se hallaba encomendada a rígida dueña, convertida de continuo en celoso cancerbero, para ahuyentar de aquellas inmediaciones a los atrevidos galanes que sin cesar rondaban la casa.

El severo padre, que soñaba para Leonor un porvenir espléndido, velaba sin descanso a fin de que el amor no se introdujera traidoramente en el cándido pecho de la doncella, desbaratando los lisonjeros planes forjados para el porvenir. Mas, de antiguo es sabido que para defenderse de los certeros dardos del travieso Cupido son inútiles las más fuertes rejas y la más perspicaz vigilancia.

Desde un día que al entrar en el templo y junto a la pila del agua bendita un gallardo mancebo ofreció a la linda joven, a escondidas de la dueña, unos hermosos claveles, deslizando de paso amantes palabras al oído de la doncella, Leonor amaba como se ama a los veinte años, es decir, con toda el alma. Poco tardó el hidalgo en enterarse de los amores de su hija, a pesar de las precauciones adoptadas por los amantes; el galán era de

noble alcurnia, pero pobre, y por este motivo el padre de Leonor se negó rotundamente a sus repetidas peticiones.

En tan funesto estado se hallaban las cosas, cuando principia nuestra narración. Dos años contaban de fecha los desventurados amores, siendo para los jóvenes amantes continuo manantial de lágrimas y sobresaltos. En la noche a que hacemos referencia, aprovechando la momentánea ausencia del padre, el pesado sueño de la dueña y las sombras de la calle, departían misteriosamente junto a una reja de la casa los dos enamorados, él desde la calle, pegado al muro, ella al otro lado de la reja, conmovida y llorosa, apoyando su mórbido brazo en los ennegrecidos hierros.

Casi toda la calle se hallaba envuelta en tinieblas; solo de vez en cuando alumbraban a la joven pareja los indecisos destellos de un mortecino farol que en la pared de enfrente se columpiaba a impulsos del viento, junto a una imagen empotrada en la pared.

—¡Leonor mía! —murmuraba el galán fijando en la hermosa niña sus miradas de fuego.

—No estoy tranquila, Gonzalo; a cada instante temo que regrese mi padre —contestó ella a media voz y con encantador sobresalto.

—Depón todo temor, vida mía; tengo vigilantes apostados en las próximas calles que me avisarán oportunamente. Puedes estar tranquila.

—¡Inútil empeño! La tranquilidad está reñida con nuestros amores, que desde su principio solo tienen por compañeros la zozobra y la tristeza. Somos muy desgraciados, Gonzalo.

—Pero llegará el día de la dicha, de la felicidad sin límites, cuando unidos los dos en santo lazo no tengamos que ocultar nuestra ventura.

—¡Sueños que no llegarán nunca a realizarse! —contestó la doncella con desaliento—, ya sabes que mi padre se niega rotundamente a consentir nuestra unión.

—La rechaza porque soy pobre, Leonor mía, y él desea riquezas para ti; no me rechaza por ser de sangre indigna de mezclarse con la suya, puesto que nobles somos los dos. Por este motivo, hoy más que nunca, estoy resuelto

a conquistarme una fortuna. Cuando la riqueza se una a mi ilustre nombre, tu padre no me negará tu mano.

—¡Pero entre tanto!

—Es preciso esperar, no desconfíes; tenga yo fe ciega en tu constancia y no me importan los peligros. Parto tranquilo, abrigando tan dulce seguridad que estimo más que mi vida.

—¿Conque estás decidido a partir?

—¿Cómo no? Aquí no adelanto nada. Se prepara la expedición contra Argel mandada por el duque de Lerma y me he alistado en ella. La guerra me ofrecerá honra y riquezas, y volveré triunfante y feliz con tu cariño. Mañana salgo para Córdoba a fin de despedirme de mi madre, y de allí me dirigiré al punto señalado para el embarque.

—¡Si tú murieras! —murmuró la joven apenada.

—¿Quién piensa en la muerte? El porvenir es mío si tú me amas.

—Con toda mi alma y siempre igual.

El galán, a través de la reja, cogió una de las manos de su amada, imprimiendo en ella apasionado beso.

En aquel momento, la luna, saliendo de un grupo de nubes, alumbró dulcemente la escena proyectando sus rayos sobre la hermosa Leonor, cuyo peregrino rostro surcaban abundantes lágrimas.

—¿Por qué lloras, bien mío? —preguntó su amante con cariñoso acento.

—¿Vas a partir y me lo preguntas?

Reinaron algunos instantes de silencio, durante los cuales el enamorado mancebo contemplaba extasiado a la hermosa niña, que afligida y llorosa, iluminada por la pálida Diana, ostentaba celestial belleza.

Vestida de blanco, sencilla, angelical, su endeble esbeltez daba a su figura misterioso encanto. Dos hermosos claveles rojos se destacaban entre sus negros cabellos. Gonzalo contemplaba aquellas flores con amante afán.

—¿Qué miras? —preguntó ella al fin, extrañando su silencio.

—Estos claveles rojos que adornan tu cabeza, y cuyos colores palidecen ante el rojo de tus labios.

—Los claveles rojos son mis flores predilectas desde que tú por medio de ellas me declaraste tu amor.

—Dame una de estas flores, Leonor amada, te lo suplico —dijo Gonzalo con apasionado acento.

—¿La deseas?

—Sí; al despedirme quiero llevarme esa flor que tú prefieres a todas. En medio de los azares de la guerra, y marchita su lozanía, aún me recordará el dulce encanto de esta noche inolvidable.

—Toma —contestó ella alargando el clavel al mancebo, a través de la reja—. Desde que te amo tengo en el jardín claveles rojos, siendo ellos la única planta que cultivo con especial cariño.

No seguiremos a los dos amantes en su amorosa plática. Una hora después habían trazado mil planes halagüeños para el porvenir y se habían jurado cien veces amor eterno.

Cuando más embebidos se hallaban en su felicidad, algunas luces brillaron al final de la calle, al tiempo que partió un silbido de los soportales vecinos.

—Tu padre llega y me avisan —exclamó el mancebo arrancado a sus sueños de ventura por la brusca realidad—. Adiós, Leonor, no volverás a verme hasta que sea digno de ti.

El galán cogió entre las suyas las temblorosas manos de la doncella, y al mirarla fijamente como si quisiera grabar en su alma aquella imagen querida, exclamó con acento de infinito amor:

—Júrame que esperarás mi vuelta, que no serás de nadie más que mía; júramelo, y parto tranquilo.

—¡Tuya o de Dios! —contestó solemnemente Leonor, alzando al cielo sus hermosos ojos llenos de lágrimas.



Gonzalo se separó de la reja precipitadamente.

Ya era tiempo.

El viejo hidalgo se acercaba a su casa y los hachones que sostenían sus servidores alumbraban vivamente la calle.

—¡Quién vive! —preguntó uno de los criados, viendo un bulto arrimado al muro.

Nadie contestó a la interpelación. Leonor cerró con precaución la ventana, Gonzalo se deslizó hacia la calle contigua, buscando el amparo de las sombras, y el hidalgo y su gente, por más que exploraron la calle, nada vieron ni supieron de lo que allí acababa de pasar.

Cuando la puerta del caserón giró perezosa sobre sus goznes para dar paso a la comitiva, y volvió a cerrarse con la misma lentitud, todo quedó envuelto en el más profundo silencio.

## II

Partió la flota para Argel a su debido tiempo, y la enamorada Leonor quedó esperando la vuelta de su amante, dirigiendo al cielo fervientes preces para que se realizaran sus sueños de ventura.

Amaba y esperaba; a los veinte años, además de creer en la felicidad, todos abrigamos la convicción de que podemos hacernos superiores al destino que nos empuja con sobrehumana fuerza.

Cuando la joven alimentaba más lisonjeras esperanzas, dejándose arrastrar por venturosos ensueños, llegaron a España desconsoladoras noticias respecto a la suerte que había cabido a los expedicionarios. La triste doncella no tardó en saber que Gonzalo había muerto, y perdida la bella esperanza de su vida, la joven quiso morir para reunirse al hombre que tanto había amado.

Una gravísima enfermedad puso en peligro su vida, agotando los recursos de la ciencia; al fin venció la juventud, y cuando el padre de Leonor, loco de dicha, la

vio entrar en el período feliz de la convalecencia, quiso hablarle de su porvenir, pero la joven le interrumpió diciendo que había resuelto encerrarse para siempre en un convento.

Vanas fueron todas las súplicas, inútiles las amenazas; Leonor tomó el velo en el convento de religiosas concepcionistas descalzas, cuyo edificio se hallaba enclavado en los jardines propiedad del célebre Jacobo de Grattis, en las inmediaciones de la que hoy conocemos con el nombre de calle del Caballero de Gracia.

Cuando las puertas del claustro se cerraron para siempre detrás de la afligida Leonor, la joven monja murmuró por lo bajo, dirigiéndose a un ser invisible, cuya imagen no se había borrado de su corazón:

—¡Tuya o de Dios!

### III

Pasaron los años. Leonor se llamó en el convento sor María de los Ángeles, y de su antiguo amor, de aquella pasión infinita que un momento embelleciera su vida, solo quedó como recuerdo una mata de claveles rojos en un ángulo del jardín del convento, que la joven religiosa cuidaba con amorosa solicitud y especial cariño.

Cuando llegaba la risueña época de las flores, sor María de los Ángeles se complacía en adornar el Cristo que pendía de las desnudas paredes de su celda con los simbólicos claveles, poniendo así a los pies del Salvador aquel triste recuerdo del amor mundano purificado por los consuelos del amor divino.

Un día la superiora recibió aviso de que se disponían a visitar el convento el rey Felipe III y la reina D. Margarita de Austria.

La comunidad formada en dos hileras a la puerta del claustro recibió, orgullosa por la distinción, la regia visita, y confundida con las demás religiosas se hallaba

sor María de los Ángeles. Después de que los soberanos descansaron breves instantes, la reina acompañada de la superiora recorrió el reducido edificio, enterándose minuciosamente de las prácticas, a que se hallaba sujeta la orden. Cuando los monarcas se disponían a retirarse, por casualidad la reina se asomó a un mirador que daba al jardinillo, y fijando sus ojos en la soberbia mata de claveles que con tanto amor cuidaba sor María de los Ángeles, exclamó sorprendida agradablemente:

—¡Que hermosos claveles!

La superiora, deseosa de complacer a la augusta señora, mandó cortar algunas de aquellas flores ofreciéndoselas a la amable soberana.

Margarita de Austria, que amaba las flores con pasión, aceptó en extremo complacida los claveles, mientras el rey preguntaba a la superiora de quienes eran las dos casas inmediatas al convento. No pudo la venerable religiosa complacer al monarca, pero Jacobo de Grattis, que como patrono del convento se hallaba presente, se apresuró a informar a Felipe III que pertenecían los dos edificios uno al arzobispo de Santa Fe, recientemente consagrado, y el otro al alcalde de casa y corte D. Francisco Solórzano.

De ambos nombres tomó nota el monarca, y, al despedirse los reyes de la comunidad, Margarita de Austria dijo sonriendo a la superiora mostrándole los claveles que conservaba en la mano:

—Tengo buena memoria y procuraré en breve corresponder a tu delicado obsequio.

## IV

Así fue en efecto. El rey y la reina, de común acuerdo, decidieron adquirir las casas lindantes con el convento para hacer donación de ellas a las religiosas, a fin de ensanchar su morada harto estrecha y mezquina. Antes de la visita regia, las monjas concepcionistas vivieron completamente olvidadas y con una modestia que rayaba en pobreza, pero apenas circuló por la corte la noticia de que los monarcas se disponían a proteger la comunidad, a porfía todos los magnates quisieron erigir altares en el reducido templo.

Mientras tanto, el duque de Lerma, deseoso de complacer a la reina, se esforzaba en vano para adquirir las casas vecinas al convento, pero los respectivos propietarios se negaban a enajenarlas a pesar de la intervención de Jacobo de Grattis, que intentó hacer valer sus derechos como patrono en beneficio de las religiosas.

En vista de que el arreglo no llevaba trazas de resolverse favorablemente, el duque de Lerma anunció a la reina su propósito de trasladar las monjas a otra parte

donde él pudiera edificarles un convento de nueva planta a sus expensas.

—No —contestó Margarita de Austria—, el empeño no es tuyo, sino mío, puesto que estoy en el deber de corresponder al regalo de los claveles. Quiero que todo se arregle sin violencia alguna, y por lo tanto yo me encargo de ultimar el asunto.

Toda la corte se ocupaba en los famosos claveles que habían despertado tanta emulación, y el príncipe de los ingenios, nuestro inmortal Cervantes, describió en una composición poética la lisonja de los cortesanos acerca de aquellos claveles, añadiendo que cualquiera que fuese la solución del asunto, siempre *los cinco claveles mejores quedaban dentro del convento*, aludiendo a las cinco primeras fundadoras de aquella santa casa.

A instancias de la reina se reunieron en la real cámara el arzobispo, el conde-duque de Lerma y el alcalde Solórzano, y recurriendo la soberana a su genial travesura y a un rasgo de diplomacia perfectamente femenina, anunció al arzobispo su inesperada promoción a primado de Indias, y al alcalde de casa y corte su nombramiento de consejero de Castilla.



Cuando ambos señores, sorprendidos ante tan señaladas mercedes, murmuraban palabras de agradecimiento, la generosa princesa les interrumpió diciendo:

—No me des las gracias por tus nombramientos, porque yo a mi vez tengo que pedirte un favor.

El arzobispo y el alcalde se inclinaron profundamente.

La reina cogió de encima de una mesa los célebres claveles que le regalaron las monjas concepcionistas, y entregando uno al alcalde y otro al arzobispo, añadió sonriendo:

—Ahí tienes al par de los nombramientos, un clavel cada uno, en memoria mía. Ya sabes que toda la corte se ocupa de estas flores; las tengo en singular aprecio, y al hacerlos partícipes del regalo, espero que ustedes no desairarán mi mediación, accediendo desde luego a secundar la piadosa obra de ensanchar el convento.

—También para nuestro celoso servidor, el duque de Lerma, reservo una de estas flores, en recompensa de sus activas gestiones —prosiguió Margarita de Austria,

ofreciendo otro clavel al duque—, y ahora díganme los tres si puedo contar con su ayuda.

Los magnates se pusieron desde luego a la disposición de la reina, y obligados por la esplendidez de esta derribaron sus respectivas casas, construyendo el arzobispo a sus expensas la capilla mayor de la iglesia con parte del convento, y el alcalde de casa y corte el crucero del templo. Siendo necesario para terminar las obras abrir una calle que comunicaba con la del Caballero de Gracia, y la de las Infantas, en memoria de las famosas flores que tanto habían dado que hablar a los desocupados cortesanos, se la denominó calle del Clavel, con cuyo nombre aún subsiste en nuestro siglo diez y nueve.

## V

Sor María de los Ángeles debió quedar satisfecha del fin providencial a que fueron llamados los claveles rojos, que le recordaban su desgraciado amor.

El favor real de que disfrutaba el convento fue en aumento paulatinamente, hasta llegar la comunidad a un estado de prosperidad y abundancia que a las mismas religiosas parecía un sueño cuando le comparaban con su anterior escasez.

Andando el tiempo, murió la antigua amante del infortunado Gonzalo, pero las religiosas concepcionistas, deseosas de perpetuar el recuerdo de la hermosa flor a la que debieron su fortuna, cuidaron siempre de conservar en el jardín del convento claveles rojos, sin sospechar nunca que el verdadero origen de su elevación le debían ¡ellas, candidas esposas del Señor! Al misterioso y triste recuerdo de un amor mundano.

Sor María de los Ángeles se llevó a la tumba el secreto de su predilección por los simbólicos claveles, con los

cuales sus compañeras de clausura se complacieron en adornar la modesta sepultura de aquella víctima del amor que fue causa inocente del engrandecimiento y fortuna de las religiosas concepcionistas madrileñas.



“Casi toda la calle se hallaba envuelta en tinieblas; solo de vez en cuando alumbraban a la joven pareja los indecisos destellos de un mortecino farol que en la pared de enfrente se columpiaba a impulsos del viento, junto a una imagen empotrada en la pared...

Colección  
Lima Lee



MUNICIPALIDAD DE

LIMA